

Marcelino
Menéndez Pelayo

ANTOLOGÍA
COMENTADA

ESTUDIO
SANTANDER

BIBLIOTECA CANTABRIA

ANTOLOGÍA
COMENTADA

Marcelino
Menéndez Pelayo



*Edición realizada con
la colaboración del
Gobierno de Cantabria.
Consejería de Cultura y Deporte.*

Primera edición: Abril, 2002

BIBLIOTECA CANTABRIA
VOLUMEN 13
ANTOLOGÍA COMENTADA

© Los autores de las introducciones a cada ensayo

© De la presente edición
EDICIONES DE LIBRERÍA ESTUDIO
942374950. E.mail: librerias@estudio.com
SANTANDER (ESPAÑA)

Realización: Departamento de Empresas e Instituciones
de Espasa Calpe

ISBN: 84-95742-06-3
Depósito legal: SA-30-2002
Impresión: Huertas, S. A.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en
sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta
publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico,
fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los
derechos de la propiedad intelectual.

BIBLIOTECA CANTABRIA 13
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

VII
DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN
Introducción:
Benito Madariaga de la Campa



Introducción

MENÉNDEZ PELAYO EN LA CONMEMORACIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

No podía faltar Menéndez Pelayo al compromiso contraído por España con motivo de la conmemoración, en 1892, del Cuarto Centenario del descubrimiento de América. Este año tuvo una especial significación en su vida, pues fue nombrado en enero vicepresidente número del Ateneo de Madrid y el 29 de febrero elegido numerario de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. A ello se unió el hecho de que el 10 de junio apareció una Real Orden por la que se le concedía la categoría honorífica de ascenso como catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, con antigüedad de 1884. Pero no fue menos importante el que, con motivo del Centenario, escribiera la *Antología de poetas Hispano-Americanos*, obra de crítica literaria que no ha perdido actualidad y figura entre las más consultadas en esta materia.

La celebración del cuarto Centenario exigía la colaboración de aquellos países que de alguna manera estaban implicados en el acontecimiento, como era el caso de Italia, Portugal y el conjunto de naciones americanas. El Papa León XIII dirigió con tan fausta conmemoración una Encíclica a los obispos de España, Italia y América referente a Cristóbal Colón y el señalado descubrimiento del navegante¹.

La Casa de la Moneda española acuñó medallas en oro, plata y cobre conmemorativas del Centenario, grabadas por Bartolomé Maura. En el anverso se representaba la cubierta de la nao «Santa María», con las otras dos carabelas al fondo y la siguiente inscripción: «Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Mundo en 12 de octubre de 1492 reinando

¹ «El Papa y Cristóbal Colón», *El Aviso*, Santander, 21 de julio de 1892.

en Castilla y Aragón doña Isabel y don Fernando»; en el reverso figuraba la llegada de Colón cuando se presentó a los Reyes Católicos, y al pie: «Cuarto Centenario, MDCCXCII».

Para organizar las fiestas del Cuarto Centenario se creó una Junta presidida por el duque de Veragua, descendiente del descubridor. En España se prepararon numerosos congresos, certámenes y actos académicos y se publicaron memorias y documentos colombinos. Así, el Ateneo de Madrid organizó una serie de conferencias sobre la descripción, el descubrimiento y la conquista de aquellas tierras, estudios colombinos y acerca de la civilización americana. A su vez, el Ateneo barcelonés celebró el Centenario con otro programa de conferencias referentes a la cultura, particularmente catalana, en el siglo xv². Actos semejantes tuvieron lugar en Cádiz, Huelva y otras provincias españolas³.

Por su parte, la Asociación de Escritores y Artistas Españoles solemnízó el aniversario de la llegada de los españoles a América celebrando un Congreso Literario Hispano-American, con secciones de Filología, de Relaciones internacionales y de Librería. En París, a su vez, se llevó a cabo del 14 al 20 de octubre un Congreso Internacional de Americanistas.

Las colaboraciones y la crónica de los actos conmemorativos se publicaron en treinta y ocho números, en cuatro tomos, en la revista ilustrada *El Centenario*, órgano oficial de la Junta directiva encargada de disponer los actos que recogerían la efeméride y en la que escribieron las principales figuras intelectuales del momento. Juan Valera hizo la Introducción, en la que puso de relieve que la festividad debía ser «de suprema concordia», respetándose la verdad sin adulaciones ni protagonismos. Entre los colaboradores estaban Juan de Dios de la Rada y Delgado, Rafael Monleón, Oliveira Martins, Cesáreo Fernández Duro, Ricardo Palma, Emilio Castelar, Antonio Sánchez Moguel, Adolfo de Castro, Emilia Pardo Bazán, Cánovas del Castillo, Rubén Darío, Marcellino Menéndez Pelayo, etc.

Se preparó, también, en La Rábida para el 7 de octubre, una sección del Congreso de Americanistas, y el 14 de mayo fue inaugurado el

² «Centenario del Descubrimiento de América», *Conferencias leídas en el Ateneo barcelonés sobre el estado de la cultura española y particularmente catalana en el siglo xv*, Barcelona, Impr. de Henrich y Comp., 1893.

³ Benito Madariaga de la Campa, «Santander en el cuarto Centenario del descubrimiento de América», en *Santander y el Nuevo Mundo*, Santander, Centro de Estudios Montañeses, 1977, págs. 545-552.

domicilio social de la Sociedad Unión Ibero-Americana. Los españoles residentes en Nueva York proyectaron un monumento dedicado a Cristóbal Colón y los Pinzones. A raíz de las fiestas, la estatua de la Libertad iluminó por primera vez con la lámpara eléctrica, cuya fuerza era equivalente a cuatro millones de bujías. También en este año vino Rubén Darío por primera vez a España en calidad de secretario de la Delegación de su país para las fiestas citadas del descubrimiento de América.

En recuerdo de tan señalada fecha, se reconstruyeron hipotéticamente las embarcaciones que intervinieron en la expedición, basándose en diversos textos descriptivos. De ellas, la «*Pinta*» y la «*Niña*» se reprodujeron a expensas del gobierno norteamericano. El Ministro de Marina dispuso el bautizo de dos cañoneros con los nombres de «*Vidente Yáñez*» y «*Alonso Pinzón*».

En Santander se formó una Comisión Provincial y sus principales escritores colaboraron en la prensa. Entre ellos, publicaron artículos Amós de Escalante y Ángel de los Ríos⁴. Éste último, subvencionado por la citada Comisión, visitó Huelva, La Rábida y Sevilla y reeditó su libro *Colón y los montañeses en el descubrimiento de América*, del que entregó ejemplares en la Biblioteca Colombina y en el Archivo de Indias. Anteriormente, había publicado una memoria titulada «El retrato y traje más auténtico de Cristóbal Colón»⁵.

Los temas tratados en la revista *El Centenario* fueron variadísimos. Así, Oliveira Martins escribió «Leyenda del Preste Juan»; Rafael Monleón, «Las carabelas de Colón»; Ricardo Palma, el «Sistema decimal entre los antiguos peruanos»; Adolfo de Castro, «Los Pinzones»; Juan Valera, «La Atlántida»; Emilio Castelar, sobre «La noche triste», etc.

En el segundo tomo de la referida revista apareció el interesante artículo «De los historiadores de Colón», escrito por Marcelino Menéndez Pelayo, aportación historiográfica que, pese al tiempo transcurrido, sigue teniendo actualidad⁶. El artículo fue escrito a causa de la

⁴ Amós de Escalante, *El Cantábrico*, Santander, 23 y 25 de enero de 1892. Para las colaboraciones de Ángel de los Ríos véanse los artículos en *El Atlántico*, Santander, del 30 y 31 de enero, 1 y 25 de febrero, 3 y 9 de agosto, 10 y 18 de octubre de 1892.

⁵ Véase tomo I del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1877, págs. 255-272.

⁶ El título completo era «De los historiadores de Colón con motivo de un libro reciente», en 21 tomo de *El Centenario*, Madrid, Tipografía «El Progreso Editorial», 1892, págs. 55-71.

publicación del libro *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, de José María Asensio⁷.

Este documentado trabajo lo escribió Menéndez Pelayo ante las constantes instancias de Juan Valera, que no perdía ocasión de pedirselo y recordárselo a su erudito amigo y compañero en la Academia de la Lengua. Así, en carta del 28 de julio de 1891, le dice: «No deje usted, por Dios, de escribirme pronto, y con amor y entusiasmo, el artículo que le tengo pedido para la Crónica del Cuarto Centenario»⁸. Igualmente le había solicitado un programa de las conferencias que habrían de darse en el Ateneo con motivo del citado aniversario. En sucesivas cartas le insiste Valera en que escriba el artículo prometido y se lo pide siempre por Dios, ante el temor de un fracaso por falta de originales. Cuando al fin recibió el esperado artículo, el primero de agosto de ese año de 1892, Valera le dice alborozado, en carta de respuesta, que lo ha leído con gran interés, hallándolo ameno, objetivo y lleno de erudición. Días después le añade que, hasta el momento, ningún otro trabajo alcanzaba el nivel de su artículo.

Se trataba de un estudio escrito con su habitual estilo sencillo y claro, asequible a cualquier tipo de lectores. Menéndez Pelayo realiza a lo largo de sus páginas la crítica histórica y la valoración de cada uno de los historiadores de Colón (Antonio de Herrera, Juan Bautista Muñoz, Martín Fernández de Navarrete, Alejandro Humboldt, Fernández Duro, el P. Bartolomé de las Casas, Pedro Martir, Andrés Bernáldez, Gonzalo Fernández de Oviedo, Ginés de Sepúlveda, F. López de Gómarra y Hernán Pérez de Oliva) y retrata al descubridor en su perfil humano y de experimentado navegante. En este sentido, le define como hombre práctico y docto en las cosas de la mar, con una firme voluntad, a la vez que le califica de religioso, intuitivo e iluminado. Para ello recoge el retrato físico y psíquico de su personalidad según los que le conocieron. Menéndez Pelayo considera con objetividad la figura del Almirante, al que se ha tratado con abundantes inexactitudes y presentado como un santo o como un hombre egoísta, terco y obsesionado por el oro que esperaba encontrar en su lejano Cipango. En

⁷ Este libro en dos tomos comprendía 60 Cuadernos y fue ilustrado por artistas españoles y editado por Espasa y compañía, que la anunció como «Espléndida edición».

⁸ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, Madrid, Espasa Calpe, 1946, págs. 430, 434, 440 y 442-444.

carta a los Reyes Católicos, Colón había escrito: «Genoveses, venecianos y toda gente que tenga perlas, piedras preciosas y otras cosas de valor, todas las llevan hasta el cabo del mundo para las trocar o convertir en oro; el oro es excelentísimo, del oro se hace tesoro y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega a que echa las ánimas al paraíso».

El Padre Bartolomé de las Casas, que conoció al descubridor, le describe en estos términos: «El Almirante físicamente era alto, de agradable presencia, fornido, de rostro alargado y nariz aguileña, ojos grises, claros o pardos, pero muy animados; castaño el cabello y la tez muy blanca, pero algo pecosa y colorada; a los treinta años comenzó a encanecer. Era sobrio en el comer y beber, y vestía siempre con modestia y era elocuente sin afectación y tan meticuloso en materias religiosas, que viéndole oír y recitar los divinos oficios, se le hubiese creído profeso de alguna orden religiosa»⁹.

Otro contemporáneo suyo que le trató con asiduidad fue el montañés Juan de la Cosa, cosmógrafo y propietario de la nao «Marigalante», elegida como nave capitana y a la que Cristóbal Colón cambió su nombre por el de «Santa María». El santoñés estuvo en el primer y segundo viaje y fue el autor de la famosa carta con los primeros descubrimientos¹⁰. En ella aparece San Cristóbal llevando al niño Jesús y se ha supuesto que es el retrato del Almirante. Es mucho más posible que esté representado en el cuadro realizado para la Casa de Contratación de Sevilla, titulado «Nuestra Señora del Buen Ayre» o «Virgen de los Navegantes» (1535), del pintor Alejo Fernández, donde también, según la tradición, figuran los retratos, entre otros, de Américo Vespucio, Vicente Yáñez Pinzón, Juan de la Cosa, Fernando el Católico, etc.

Aunque la mayoría de los retratos de Colón son posteriores e imaginados, quizás entre los que se han publicado como más veraces se encuentren los que reproducimos y que dio a conocer en 1877 la Academia de la Historia.

Bartolomé de las Casas es otro de los autores tratado por Menéndez Pelayo en este artículo sobre Colón. A la vez que recoge las opinio-

⁹ Citado en *Historia de la navegación*, Barcelona, 1941, pág. 172.

¹⁰ Véase de Antonio Ballesteros Beretta, *El cántabro Juan de la Cosa y el descubrimiento de América*, Santander, Diputación regional de Cantabria, 1987.

nes dadas por el eclesiástico sobre el descubridor, no puede por menos de referirse también Menéndez Pelayo a las exageraciones del «Protector de indios» (1516), cuyo libro *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1522) sirvió de base para el nacimiento de la «leyenda negra» contra los españoles. A partir de esta obra se originó un movimiento de propaganda que malévolamente mezclaba lo fantástico y mendaz con los defectos y abusos de determinados conquistadores. Un ejemplo es el libro de Theodor Bry, publicado en Frankfurt en 1594, cuyos grabados y contenido contra España se propagaron por todo el mundo.

La consideración que hace Menéndez Pelayo al respecto de la leyenda fue muchos años después matizada por su discípulo Ramón Menéndez Pidal, en el sentido de manifestar las imprecisiones y abultamientos en las cifras que maneja el P. las Casas, si bien no se puede negar su buena voluntad y la denuncia de unas estadísticas de mortandad que en pocos años mermaron la población india¹¹. Hoy, si viviera Menéndez Pelayo, hubiera podido conocer los interesantes estudios que han puesto de relieve que ello no fue debido, como causa mayor, a los excesos de los españoles durante la conquista en América, sino, principalmente, a procesos patológicos que, al ser enfermedades nuevas, infecto contagiosas, afectaron a la población india no inmunizada. Entre ellas, la gripe o influenza, cuya epidemia, como ha recogido el profesor emérito, veterinario, Miguel Cordero, está en relación con virosis, de las que pudieron ser portadoras el caballo, el cerdo y las aves. La gripe y los procesos neumónicos diezmaron la población indígena, y los historiadores de Indias refieren las terribles mortandades también entre los españoles, que incluso afectaron a los caballos¹². La viruela fue llevada por los esclavos negros y el tifus exantemático existía en España en aquella época, igual que el sarampión, el paludismo, la peste bubónica, la disentería, la fiebre tifoidea, la tiña y la sarna. A su vez, tal

¹¹ El P. las Casas y Vitoria con otros temas de los siglos XVI y XVII, Colección Austral, Madrid, Espasa Calpe, 1996, págs. 49-64.

¹² El profesor Cordero refiere que la epidemia humana y porcina de esta enfermedad, introducida en las Antillas, se debió al virus A. Según los estudios de J. Taubenberg y colaboradores realizados en el Instituto de Patología de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos de Norteamérica (1998), el virus humano está relacionado con el de la influenza del cerdo. Véase de Miguel Cordero del Campillo, *Crónicas de Indias. Ganadería, Medicina y Veterinaria*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2001.



C. COLON

Copia del cuadro de la Biblioteca. Así como hoy se halla



C. COLON

Copia de la estampa en madera del libro de los ELOGIOS
de P. Inno

como ha estudiado el historiador de la medicina, Dr. Francisco Guerra Pérez, hubo un intercambio de enfermedades en aquel encuentro de civilizaciones, y cita al respecto el testimonio de López de Gómara cuando comentaba que los indios habían desaparecido «... no a fierro, sino de dolencia...»¹³.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

¹³ F. Guerra Pérez, *La verdadera causa del descenso demográfico de los indígenas americanos después de 1492*, Discurso pronunciado en la Real Academia de Doctores como Académico de Número, Madrid, 1994. Véase también de este mismo autor: «El intercambio epidemiológico tras el descubrimiento de América», *Asclepio*, 1986, XXX-VIII, págs. 117-137. Salvador Madariaga opinaba en igual sentido, en *Vida del muy magnífico señor Don Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa Calpe, 1975, pág. 342.

Esta primera edición es rara; repitióse el año siguiente con el título más modesto y adecuado de *Poemas*.

El segundo tomo de las obras de sor Juana se publicó en Sevilla, 1691. No hemos visto esta edición, pero tenemos la de Barcelona, 1693, por Joseph Llopis, que conserva la aprobación de la primitiva, y probablemente estará copiada a plana y renglón.

Con ella hace juego el primer tomo reimpreso por el mismo Llopis en 1691.

El tomo tercero no se imprimió hasta 1700, con el título de *Fama y obras posthumas del Fénix de México, decima musa, poetisa americana, sor Juana Inés de la Cruz. En Madrid, en la imprenta de Manuel Ruiz de Murga. Año de 1700*.

Publicó este libro don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, capellán de honor de S. M. y Prebendado que había sido de la Metropolitana de México, hombre de gusto pendantesco y depravado, que tituló uno de sus sermones acerca de la Inmaculada Concepción, *Abraham Académico en el Racional Juicio de los Doctores* (Méjico, 1696).

Los tres tomos juntos se reimpresieron varias veces durante el siglo XVIII, en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valencia y otras partes. Todas estas ediciones, que antes eran vulgares en España, pero ya comienzan a escasear, son a cual más infelices en papel y tipos. No he visto ediciones de México, pero las habrá seguramente, totales o parciales, porque el nombre de sor Juana sigue siendo popular en su patria. Lo único que conozco de América es una pequeña antología formada, con buen gusto, por un literato ecuatoriano que falleció en estos últimos años (*Obras selectas de la célebre Monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz, precedidas de su biografía y juicio crítico por Juan León Mera*. Quito, Imprenta Nacional, 1873).

La última edición peninsular que he visto es de 1725, y es probable que no se hicieran más, porque ya había comenzado el cambio de gusto.

Son muchos los biógrafos de sor Juana, pero casi todos se limitan a glosar lo que la poetisa dijo de sí misma en la *Carta atenagórica*, respondiendo a la que le había dirigido el Obispo de Puebla, don Manuel Fernández de Santa Cruz, con el pseudónimo de *sor Phileta de la Cruz*, y lo que escribió el P. Diego de Calleja en la aprobación del tercer tomo de sus *Obras*. Algunos datos se sacan también de los innumerables versos panegíricos que se compusieron en su honor, y figuran en la *Fama póstuma*, del Dr. Castorena y Ursúa.

La única composición hoy popular de sor Juana en España (no sabemos si en México también), son sus ingeniosas redondillas en defensa de las mujeres contra las destrucciones de los hombres. Nos parecen muy agudas y bien versificadas, pero encontramos más alma poética en otras cosas suyas. Nuestros lectores juzgarán.

Después de 1893 en que escribí estas páginas, han aparecido algunos trabajos nuevos sobre la vida y obras de sor Juana, entre los que merecen especial aprecio, la *Biblioteca de escritoras españolas* del eruditísimo profesor don Manuel Serrano y Sanz (Madrid, 1903, tomo I, páginas 289-297), y el curioso y ameno libro del poeta mexicano D. Amado Nervo, tan estimado y querido entre nosotros, *Juana de Asbaje* (Madrid, 1910). ¿Por qué en vez del apellido de familia, que ningún eco de gloria suscita, no estampar en la portada el nombre de religión de sor Juana, que es también el nombre literario con que ha entrado en la inmortalidad? *Teresa de Cepeda o Teresa de Abumada* sería un título muy impropio para una biografía de Santa Teresa, y correría el riesgo de no ser entendido.

ÍNDICE GENERAL

Nota editorial	9
Pórtico, de Miguel Artigas	11
Introducción a la Antología, por Xavier Agenjo Bullón	17
MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO	
ANTOLOGÍA COMENTADA	
I. DE RE BIBLIOGRAPHICA	
Introducción de Xavier Agenjo Bullón	35
De Re Bibliographica	41
II. LA HISTORIA CONSIDERADA COMO UNA OBRA ARTÍSTICA	
Introducción de Antonio Santoveña Setién	69
La historia considerada como obra artística	75
III. EMILIA PARDO BAZÁN	
Introducción de José Manuel González Herrán	103
Emilia Pardo Bazán	113
IV. ENRIQUE HEINE	
Introducción de Ana Belén Rodríguez de la Robla	123
Enrique Heine. Traducción de J. Herrero	135
Enrique Heine, por J. A. Pérez Bonalde	141
V. DE LOS ORÍGENES DEL CRITICISMO Y DEL ESECTICISMO.	
Y ESPECIALMENTE DE LOS PRECURSORES ESPAÑOLES DE	
KANT	
Introducción de Gerardo Bolado	147
De los orígenes del criticismo y del escepticismo. Y especialmente de los precursores españoles de Kant	167

Índice General

VI. FRANCISCO ASENJO BARBIERI

Introducción de Rosa María Conde López	259
Don Francisco Asenjo Barbieri	267

VII. DE LOS HISTORIADORES DE COLÓN

Introducción de Benito Madariaga de la Campa	281
De los historiadores de Colón	289

VIII. ESTUDIOS CERVANTINOS

Introducción de Francisco Pérez Gutiérrez	341
Interpretaciones del Quijote	353
Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del «Quijote»	371

IX. AMÓS DE ESCALANTE

Introducción de Carlos González Echegaray	405
Don Amós de Escalante (Juan García)	411

X. SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Introducción de Lourdes Royano Gutiérrez	467
Sor Juana Inés de la Cruz	475